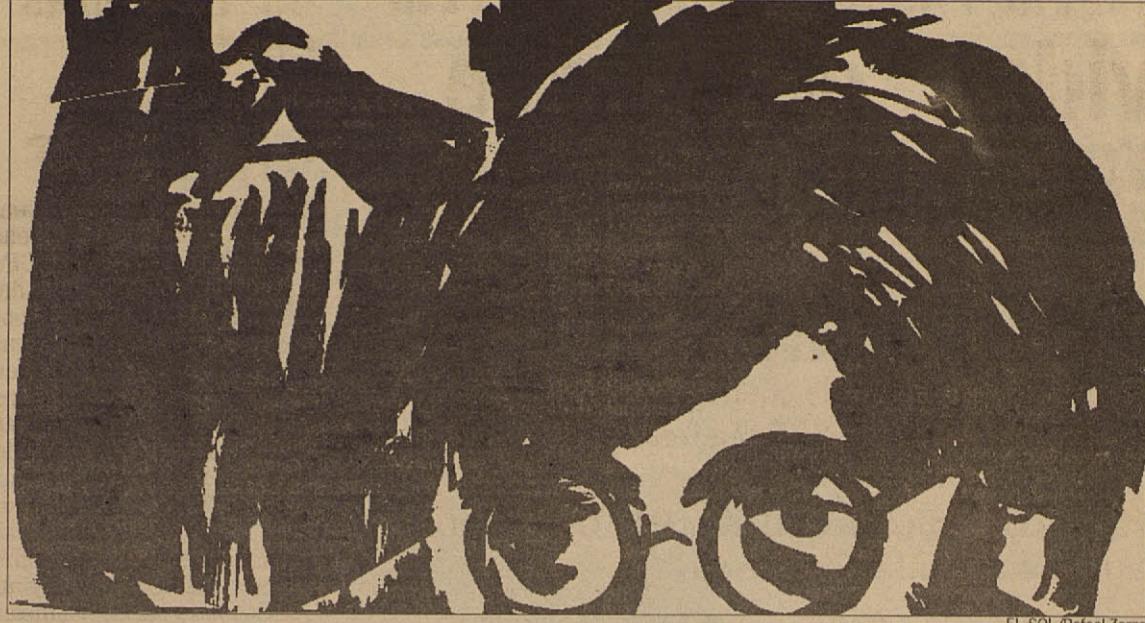


SEGUNDA PLANA

JOSE AGUSTIN GOYTISOLO



EL SOL/Rafael Zarza

La poesía de Valle-Inclán/1

CUANDO SE HABLA de Valle-Inclán poeta se piensa casi siempre en toda su obra. Esto sucede porque tanto sus novelas como sus cuentos, ensayos, artículos y obras teatrales están escritos empleando un lenguaje como de ensueño, mágico, sugerente, que distorsiona la realidad o que vuelve cruelmente reales los sueños.

La prosa de Valle-Inclán, comparada con la de otros escritores del 98 —y no hablo de ellos como sus compañeros de generación, porque sostuvo con todos una relación muy distanciada y a veces hostil—, su prosa, decía, propone una recreación poética muy valiosa, una recreación del idioma gastado y del seco discurso castellano que se escribía entonces. Tuvieron que pasar muchos años para que la crítica descubriera el realismo mágico y hablara de Valle-Inclán como uno de los precursores de ese mágico realismo con el que se ha etiquetado a unos cuantos novelistas latinoamericanos.

Asimismo ha resultado que el teatro de Valle-Inclán, apenas representado estando él vivo, es considerado hoy, y de largo, como el mejor de su época, y aun se podría añadir que es más actual que el de cualquier otro autor español que pueda ser normalmente representado en nuestros días, Lorca incluido. Es un teatro vivo, lleno de colorido y malicia o bien hacer, a caballo entre la esperpéntica realidad y la farsa amable y lúdica. En muchas de sus obras teatrales en verso, y como apartes del texto del diálogo, Valle-Inclán explica en forma de pequeñas anotaciones o poemas los escenarios de la acción y las reacciones de los protagonistas. Valgan como ejemplos estos dos apuntes de la extraordinaria *Farsa y licencia de la reina castiza*: “Candelabros con algarabía/ de reflejos, consolas de panza/ y en los muros, bailando una danza,/ los retratos de la dinastía”.

Esa pincelada en versos de diez sílabas, que de un modo tan esquemático sitúan y definen el decorado, se convierte en otra, esta vez de carácter pseudo-moral y divertida, escrita en endecasílabos, para caracterizar a las personas que se escandalizan por la conducta de la reina, y a la reina misma: “Puritanos que a toda hora/ sacan a cuenta la moral/ sin comprender que es la señora/ una reina meridional”.

Los poemas de Valle-Inclán, reunidos por él mismo en un solo tomo llamado *Claves líricas* (1930), están repartidos en tres libros. El primero, *Aromas de leyenda*, apareció en 1907. Pese a su buena factura, es muy visible en él la influencia modernista, que Valle-Inclán debió de recibir directamente de su amigo Rubén Darío, y posiblemente también del cubano Julián del Casal. Valle-Inclán admiró siempre a Darío, que por aquellas fechas ya había publicado *Azul* y también *Cantos de vida y esperanza*; ambos poetas se intercambiaron composiciones entusiastas. La de Darío, el soneto iconográfico que comienza: “Este gran don Ramón de las barbas de chivo...” abre la edición del primer libro de Valle-Inclán, que le correspondió más tarde dedicándole varios versos de su

poema *Aleluya*. Volviendo a *Aromas de leyenda*, Valle se sirve de la musicalidad modernista para cantar el arcaico mundo de las tradiciones y leyendas de Galicia, de su *tierra de fabla antigua*. Emplea el tetrástrofo monorrítmico, al que añade pares de alejandrinos, y también tercetos monorrítmicos, y salta del endecasílabo al hepta y hexasílabo, en un intento de lograr que sus composiciones huelan a vino añejo. Once de los catorce poemas que forman este libro terminan en glosas o cuartetas escritas en gallego, recogidas del folclor y rehechas por el autor.

En el libro aparecen santos, penitentes, ermitaños, labriegos, costumbres aldeanas, milagros, apariciones... Se nota, en estos poemas, el inicio de lo que será, en toda su obra, la pugna entre el lenguaje heredado (tradicional, posromántico, parnasiano, finisecular y aun el modernismo) y su incesante búsqueda de un lenguaje propio. En varios poemas del libro (*Estela de prodigo*, *Flor de la tarde*, *No digas de dolor* o *En el camino*) se pueden encontrar bellos versos: “Aromaban las hierbas todas/ con aroma de santidad.../ Húmeda de rocío despierta la campana...”.

La aparente religiosidad del libro está teñida de fantasías y de amor por la tradición, el ritual y el misterio. Valle-Inclán siempre se decantaba por estética y no por ética en la elección de temas y de estilos, y aun veremos que también por estética decidía en sus preferencias políticas.

Este amor por las antiguas tradiciones, por los tiempos en los que no existía aún la burguesía, se corresponde con el monarquismo carlista y romántico del que hacía gala, por entonces, Valle-Inclán. En su segundo libro de poemas, *El pasajero* (publicado 13 años más tarde, pero sin duda escrito mucho antes, dado que *La pipa de kif* apareció en 1919 y Valle-Inclán, al reunir sus libros situó a *El pasajero* en segundo lugar), continúa siendo visible el amor por los tiempos antiguos adornados por la estética modernista. En este libro está mucho más claro el contraste entre la poética heredada y asimilada y el hallazgo de nuevas expresiones poéticas.

Así, por un lado, podemos leer: “¡Cómo me hablaste de las rosas/ cuando rosas segó mi hoz...!”. O bien: “Eternidad la gracia de la rosa/ y la alondra primera que abre el día...”. Y contraponer estos versos, por otro lado: “Es la hora de la culebra:/ el diablo se arranca una cana,/ cae del árbol la manzana...”.

Y también: “Soy el negro dueño/ de la abracadabra,/ y trisca en tu sueño/ mi pata de cabra.”

Entre ambos extremos asoman a veces poemas de resonancia renacentista, como en el titulado *Rosa de Job*: “¿Quién vio por tierra rodado/ el almenar,/ y tan alto levantado/ el muladar?”

El pasajero es un libro bien construido, mucho más complejo y personal que *Aromas de leyenda*. En sus páginas, Valle-Inclán introduce ciertos elementos autobiográficos, aunque aquí debe señalarse que nuestro autor mezclaba o confundía continuamente realidad o invención, de tal modo que siempre ha sido difícil separar su auténtica vida de su biografía imaginada.